El OJO DEL HURACÁN

El ojo del huracán (instalación en el MARCO de Vigo), 2006.

El ojo del huracán se incluye en lo que he dado en llamar PINTURAS PARA ESPACIOS CONCRETOS. En esta pintura mural el gesto gráfico se entrelaza con la arquitectura mediante un garabato sobredimensionado que se construye al mismo tiempo que se pinta. Lo que se pretende es que el espectador, a través de un dibujo envolvente, sea seducido hipnóticamente, sea atrapado en un centro inmaterial, sea detenido en la espiral de su propia visión. El efecto reclama lo ocular porque el gesto está centrifugado. Puede que aquí la física invoque ingenuamente a una percepción sin atributos, porque ya se sabe que la percepción es una forma de pensamiento que necesariamente aspira a solventar su propio engaño. En esto precisamente parece consistir el atractivo de ésta o de cualquier otra forma, en la fascinación de la mirada, que es siempre una manifestación de la trampa visual que se apodera de nuestros sentidos y que deriva en una permanencia ideal, en un estar prevenido, ojo avizor.

El ojo desnudo (Galería Max Estrella), 2004.

En ***El ojo del huracán***, el espacio dibuja un eco del cuadro. Cuadro y espacio son ejemplos diferentes de lo mismo: la expresión de una expansión, la manifestación de un incremento. Pero un incremento que se detiene en un determinado momento porque no quiere olvidarse de su propia idea en el afán de demostrar que lo que hacemos patente es una excepción de lo continuo (eterno retorno de lo mismo), retales de tiempo, un caso concreto de pintura. Una pintura que, en definitiva, retrasa el

pensamiento porque el artista tiene que echar el *freno/de/mano* y demostrar que sólo vemos lo que se detiene, lo que nos detiene.

Si la pintura es el espejo-reflejo-pozo de nosotros mismos siendo hechizados y la idea es lo que se apresa en el torbellino que gira dentro de nuestras cabezas, entonces el placer es lo que se encuentra en la pelea que nos libra de ese torbellino, la belleza "infraleve" que se libera en *el objeto después de la pelea*. En nuestra azarosa huida hacia adelante, el arte no debe ser sólo una conjugación luj(uri)osa del conocimiento o una evasión intranscendente, el arte también tiene que ser la máquina que nos rescate de un destino sin futuro, la luz que se vislumbra al final del túnel o la creencia de que en el huracán de la vida la única evasiva posible se encuentra en el centro de la escapada.